

Jack London
Cara Perdida

E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

CARA PERDIDA

JACK LONDON

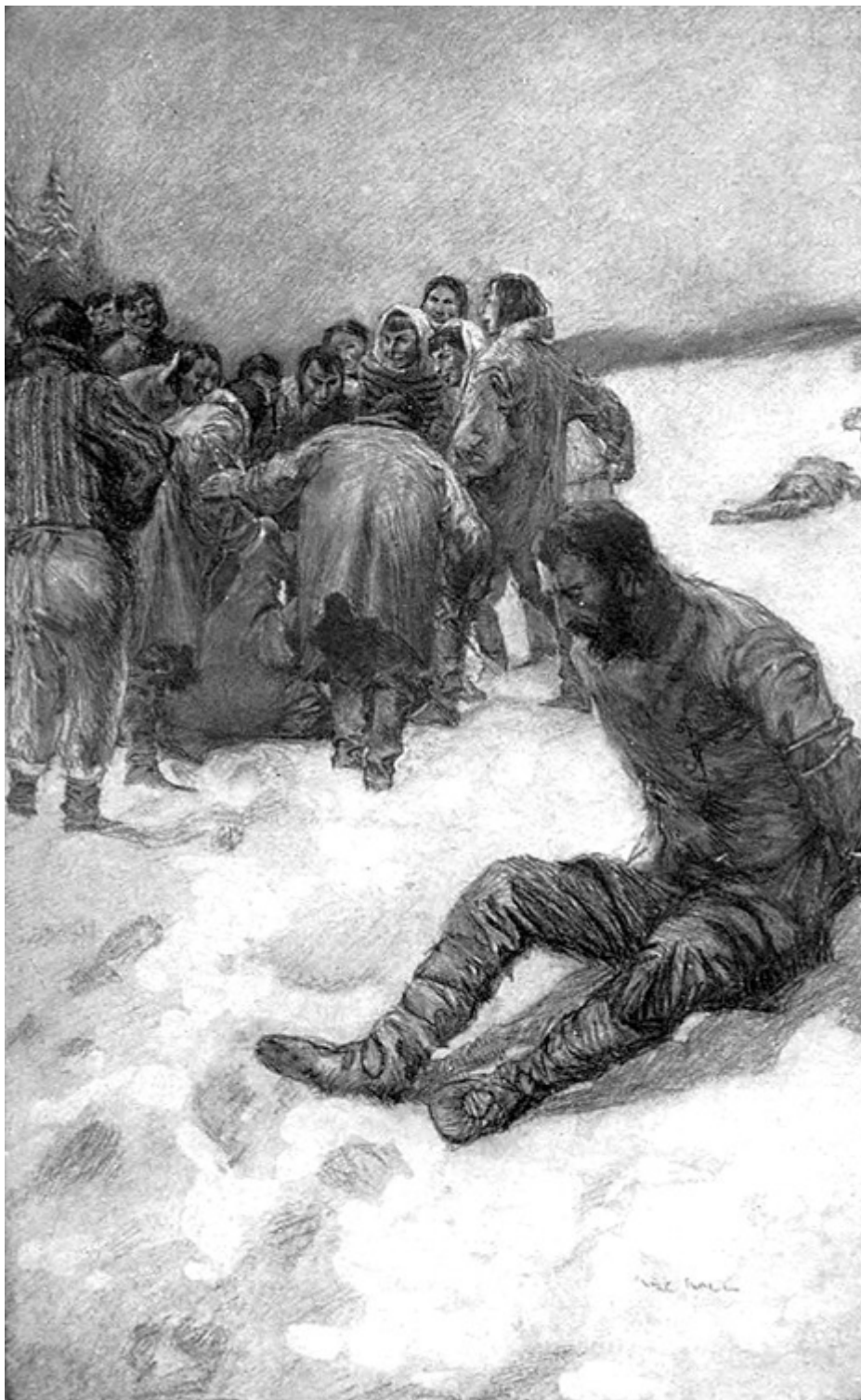
PUBLICADO: 1909

**ORIGEN: EN.WIKISOURCE.ORG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

CARA PERDIDA

Era el final. Subienkow había recorrido un largo sendero de amargura y horror, volviendo como una paloma a las capitales de Europa, y aquí, más lejos que nunca, en la América rusa, ese camino llegaba a su fin. Se sentaba en la nieve, con los brazos atados detrás de él, esperando la tortura. Miraba con curiosidad ante sí a un enorme cosaco, echado en la nieve, gimiendo de dolor. Los hombres habían terminado de tratar con el gigante y se lo habían entregado a las mujeres. Los gritos del hombre atestiguaban que ellas superaban en depravación a los hombres.

Subienkow observaba y se estremecía. No le daba miedo morir. Había cargado su vida durante demasiado tiempo en sus manos, en ese cansado sendero desde Varsovia hasta Nulato, como para estremecerse ante la mera muerte. Pero se oponía a la tortura. Ofendía su alma. Y esa ofensa, a su vez, no se debía únicamente al dolor que debía soportar, sino al lamentable espectáculo en que el sufrimiento lo convertiría. Sabía que rezaría, suplicaría y rogaría, tal como lo hicieron Big Ivan y los demás que habían venido antes. Eso no sería aceptable. Morir con valentía y serenidad, con una sonrisa y una broma— ¡ah! eso habría sido lo deseable. Pero perder el control, dejar que su alma se revolcara por los tormentos de la carne, chillar y balbucear como un simio, convertirse en la bestia más miserable— ¡ah, eso era lo verdaderamente terrible!



«Se sentó en la nieve, con los brazos atados a la espalda.»

No había oportunidad de escapar. Desde el principio, cuando soñaba el ardiente sueño de la independencia de Polonia, se había convertido en un títere en manos del Destino. Desde el principio, en Varsovia, en San Peters-

burgo, en las minas siberianas, en Kamchatka, en las enloquecidas barcazas de los ladrones de pieles, el Destino lo había conducido a este final. Sin duda, en los cimientos del mundo estaba grabado ese final para él —para él, que era tan refinado y sensible, cuyos nervios apenas se resguardaban bajo su piel, que era un soñador, y un poeta, y un artista. Antes de que se soñara, se había determinado que el estremecido haz de sensibilidad que lo constituía estaba condenado a vivir en una salvajería cruda y aullante, y a morir en esta tierra lejana de la noche, en este oscuro lugar más allá de los últimos límites del mundo.

Suspiró. Así que aquello ante él era Big Ivan—Big Ivan el gigante, el hombre sin nervios, el hombre de hierro, el cosaco convertido en corsario de los mares, que era tan fleumático como un buey, con un sistema nervioso tan bajo que lo que era dolor para los hombres comunes apenas le provocaba cosquillas. Bueno, bueno, confíen en estos indios de Nulato para encontrar los nervios de Big Ivan y seguirlos hasta las raíces de su alma temblorosa. Y ciertamente lo estaban haciendo. Era inconcebible que un hombre pudiera sufrir tanto y, sin embargo, vivir. Big Ivan estaba pagando por su bajo orden de nervios. Ya había resistido el doble que cualquiera de los otros.

Subienkow sintió que no podía soportar mucho más los sufrimientos del cosaco. ¿Por qué no moría Ivan? Se volvería loco si ese grito no cesaba. Pero cuando cesara, le tocaría a él. Y allí esperaba también Yakaga, sonriéndole incluso ahora con anticipación—Yakaga, a quien tan solo la semana pasada había echado del fuerte, y sobre cuyo rostro había dejado el latigazo de su látigo de perro. Yakaga se ocuparía de él. Sin duda, Yakaga le tenía reservadas torturas más refinadas, más exquisitamente desgarradoras. ¡Ah! eso debía ser bueno, por el modo en que Ivan aullaba. Las squaws que se agachaban sobre él se retiraban entre risas y aplausos. Subienkow vio la monstruosidad que se había perpetrado, y comenzó a reír histéricamente. Los indios lo miraron maravillados de que riese. Pero Subienkow no pudo detenerse.

Esto nunca debía ocurrir. Se controló, y los espasmos se fueron apagando lentamente. Se esforzó por pensar en otras cosas, y comenzó a recordar su propia vida. Recordó a su madre y a su padre, y al pequeño poni manchado, y al tutor francés que le había enseñado a bailar y le había colado una vieja copia gastada de Voltaire. Una vez más vio París, y el lúgubre Londres, y la alegre Viena, y Roma. Y una vez más vio a aquel grupo indómito

de jóvenes que habían soñado, al igual que él, el sueño de una Polonia independiente con un rey polaco en el trono de Varsovia. Ah, allí estaba donde comenzaba el largo camino. Pues, él había durado más. Uno a uno, comenzando por los dos ejecutados en San Petersburgo, fue contando el paso de esos valientes espíritus. Aquí uno había sido golpeado hasta morir por un carcelero, y allá, en aquella calzada ensangrentada de los exiliados, por la que marchaban durante meses interminables, golpeados y maltratados por sus guardias cosacos, otro se había desplomado en el camino. Siempre había sido salvajismo—un salvajismo brutal, bestial. Habían muerto—de fiebre, en las minas, bajo el knout. Los dos últimos habían muerto tras la fuga, en la batalla con los cosacos, y él solo había llegado a Kamchatka con los papeles robados y el dinero de un viajero que había dejado tirado en la nieve.

No había sido sino salvajismo. Todos esos años, con su corazón en estudios, teatros y cortes, había estado rodeado por el salvajismo. Había comprado su vida con sangre. Todos habían matado. Él había matado a ese viajero por sus pasaportes. Había probado que era un hombre de agallas al duelear con dos oficiales rusos en un solo día. Había tenido que probarse a sí mismo para ganarse un lugar entre los ladrones de pieles. Había tenido que conseguir ese lugar. Detrás de él se extendía la ruta de mil años a través de toda Siberia y Rusia. No podía escapar de esa manera. La única salida era hacia adelante, a través del oscuro e helado mar de Bering hacia Alaska. El camino conducía del salvajismo a un salvajismo aún más profundo. En las naves podridas de escoria de los ladrones de pieles, sin alimentos y sin agua, azotados por las interminables tormentas de ese mar tempestuoso, los hombres se habían convertido en animales. Tres veces había navegado hacia el este desde Kamchatka. Y tres veces, tras todo tipo de penurias y sufrimientos, los supervivientes habían regresado a Kamchatka. No había salida para escapar, y no podía volver por donde había venido, pues las minas y el knout lo esperaban.

Una vez más, la cuarta y última vez, había navegado hacia el este. Había estado con aquellos que primero encontraron las legendarias Islas de las Focas; pero no había regresado con ellos para compartir la riqueza de pieles en las locas orgías de Kamchatka. Había jurado no volver jamás. Sabía que para ganarse aquellas queridas capitales de Europa debía seguir adelante. Así que había cambiado de barco y se quedó en aquella nueva y oscura tie-

rra. Sus camaradas eran cazadores eslavos y aventureros rusos, mongoles y tártaros y aborígenes siberianos; y a través de los salvajes del nuevo mundo habían abierto un camino de sangre. Habían masacrado pueblos enteros que se negaban a proporcionar el tributo de pieles; y ellos, a su vez, habían sido masacrados por las compañías navieras. Él, junto con un finlandés, había sido el único superviviente de una de esas compañías. Habían pasado un invierno de soledad e inanición en una solitaria isla aleutiana, y su rescate en la primavera por otra nave de pieles había sido una posibilidad entre mil.

Pero siempre el terrible salvajismo lo había acorralado. Pasando de barco en barco, y negándose siempre a regresar, había llegado al barco que exploraba hacia el sur. A lo largo de la costa de Alaska se encontraban solamente hordas de salvajes. Cada fondeadero entre las islas frondosas o bajo los acantilados sombríos del continente significaba una batalla o una tormenta. O soplaban las ráfagas amenazando la destrucción, o aparecían las canoas de guerra, tripuladas por nativos aulladores con pintura de guerra en sus rostros, que venían a aprender las sangrientas virtudes de la pólvora de los corsarios. Hacia el sur, sur habían navegado, hasta llegar a la mítica tierra de California. Allí, decían, estaban los aventureros españoles que habían luchado desde México. Él había tenido esperanzas en esos aventureros españoles. Huyendo hacia ellos, el resto habría sido fácil—un año o dos, ¿qué importaba más o menos?—y él ganaría en México, luego un barco, y Europa sería suya. Pero no se habían encontrado con españoles. Solo se habían topado con el mismo muro inexpugnable del salvajismo. Los habitantes de los confines del mundo, pintados para la guerra, los habían rechazado desde las orillas. Al fin, cuando una de las barcas fue aislada y todos sus hombres muertos, el comandante abandonó la búsqueda y navegó de regreso al norte.

Los años habían pasado. Había servido bajo Tebenkoff cuando se construyó el Reducto Michaelovski. Había pasado dos años en la región de Kuskokwim. Dos veranos, en el mes de junio, había logrado estar a la cabeza del Golfo de Kotzebue. Allí, en ese tiempo, se reunían las tribus para el trueque; allí se encontraban pieles de ciervo manchadas de Siberia, marfil de los Diomedes, pieles de morsa de las costas del Ártico, extrañas lámparas de piedra, que pasaban de tribu en tribu, nadie sabía de dónde venían, y, en una ocasión, un cuchillo de caza de fabricación inglesa; y allí, Subienkow sabía, estaba la escuela para aprender geografía. Porque se encon-

traba con esquimales de Norton Sound, de King Island y de St. Lawrence Island, del Cabo Príncipe de Gales y de Point Barrow. Tales lugares tenían otros nombres, y sus distancias se medían en días.

Era una región vasta de donde procedían estos salvajes comerciantes, y una región aún más vasta de la que, por medio de repetidos intercambios, habían llegado sus lámparas de piedra y aquel cuchillo de acero. Subienkow intimidaba, persuadía y sobornaba. Cada viajero lejano o extraño tribal era presentado ante él. Se mencionaban peligros incontables e inimaginables, así como bestias salvajes, tribus hostiles, bosques impenetrables y majestuosas cadenas montañosas; pero siempre de más allá llegaba el rumor y la historia de hombres de piel blanca, de ojos azules y cabello rubio, que luchaban como demonios y que siempre buscaban pieles. Se encontraban hacia el este — muy, muy al este. Nadie los había visto. Era la palabra que se había transmitido.

Era una escuela dura. No se podía aprender geografía muy bien a través del medio de dialectos extraños, de mentes oscuras que mezclaban hecho y fábula y que medían las distancias por “sueños” que variaban según la dificultad del trayecto. Pero al fin llegó el rumor que dio valor a Subienkow. Al este se hallaba un gran río donde estaban esos hombres de ojos azules. El río se llamaba Yukon. Al sur del Reducto Michaelovski desembocaba otro gran río que los rusos conocían como el Kwikpak. Estos dos ríos eran uno, decía el rumor.

Subienkow regresó a Michaelovski. Durante un año impulsó una expedición por el Kwikpak. Luego surgió Malakoff, el mestizo ruso, para encabezar a los más salvajes y feroces de aquel brebaje infernal de aventureros mestizos que habían cruzado desde Kamchatka. Subienkow era su lugarteniente. Descifraron los laberintos del gran delta del Kwikpak, alcanzaron las primeras colinas bajas en la ribera norte, y durante quinientas millas, en canoas de piel cargadas hasta el borde con mercancías y municiones, lucharon contra la corriente de cinco nudos de un río que corría de dos a diez millas de ancho en un canal de muchas brazas de profundidad. Malakoff decidió construir el fuerte en Nulato. Subienkow abogó por ir más lejos. Pero pronto se resignó a Nulato. Se acercaba el largo invierno. Sería mejor esperar. A comienzos del verano siguiente, cuando el hielo se hubiera derretido, desaparecería por el Kwikpak y se abriría camino hasta los puestos de la

Compañía de la Bahía de Hudson. Malakoff jamás había oído el rumor de que el Kwikpak era el Yukon, y Subienkow no se lo contó.

Llegó la construcción del fuerte. Fue trabajo forzado. Los muros escalonados de troncos se alzaban al compás de los suspiros y gemidos de los indios de Nulato. El látigo se posaba sobre sus espaldas, y era la mano de hierro de los corsarios del mar la que descargaba el látigo. Hubo indios que huyeron, y cuando los atrapaban, los regresaban y los extendían en cruz ante el fuerte, donde ellos y su tribu aprendían la eficacia del knout. Dos murieron bajo él; otros quedaron heridos de por vida; y el resto aprendió la lección y no volvió a huir. La nieve volaba antes de que se terminara el fuerte, y entonces llegó el tiempo de las pieles. Se impuso un pesado tributo sobre la tribu. Los golpes y latigazos continuaron, y para asegurarse de que se pagara el tributo, se retuvo a las mujeres y a los niños como rehenes, tratándolos con la barbarie que sólo conocían los ladrones de pieles.

Bien, había sido una siembra de sangre, y ahora había llegado la cosecha. El fuerte había desaparecido. A la luz de su incendio, la mitad de los ladrones de pieles había sido talada. La otra mitad había pasado por la tortura. Solo quedaba Subienkow, o Subienkow y Big Ivan, si es que aquella cosa gimiendo y lamentándose en la nieve podía llamarse Big Ivan. Subienkow sorprendió a Yakaga sonriéndole. No había quien discutiera con Yakaga. La marca del látigo aún permanecía en su rostro. Después de todo, Subienkow no podía culparlo, pero le desagradaba la idea de lo que Yakaga le haría. Pensó en apelar a Makamuk, el jefe; pero su juicio le dijo que tal apelación era inútil. Luego, también, pensó en romper sus ataduras y morir luchando. Tal final habría sido rápido. Pero no podía romper sus ataduras. Las correas de caribú eran más fuertes que él. Siguiendo su plan, se le ocurrió otra idea. Solicitó a Makamuk que trajeran a un intérprete que conociera el dialecto costero.

—«Oh, Makamuk —dijo—, no tengo intención de morir. Soy un gran hombre, y sería una tontería que muriera. En verdad, no moriré. No soy como estos otros cadáveres.»

Miró a la cosa que gimiendo había sido Big Ivan, y la revolvió con desprecio con la punta de su pie.

—«Soy demasiado sabio para morir. Mirad, tengo un gran remedio. Solo yo conozco este remedio. Puesto que no voy a morir, lo cambiaré por este

remedio con vosotros.»

— «¿Qué es este remedio?», demandó Makamuk.

— «Es un remedio extraño.»

Subienkow vaciló por un instante, como reacio a revelar el secreto.

— «Os lo diré. Un poco de este remedio frotado sobre la piel endurece la piel como una roca, dura como el hierro, de modo que ningún arma cortante puede atravesarla. El golpe más fuerte de un arma cortante es en vano contra ella. Un cuchillo de hueso se vuelve como un trozo de barro; y se embotará el filo de los cuchillos de hierro que hemos traído entre vosotros. ¿Qué me daréis a cambio del secreto de este remedio?»

— «Te daré tu vida», respondió Makamuk a través del intérprete.

Subienkow se rió con desdén.

— «Y serás esclavo en mi casa hasta que mueras.»

El polaco se rió con aún más desdén.

— «Desatáos las manos y los pies y hablemos», dijo.

El jefe hizo la señal; y cuando fue desatado, Subienkow se enrolló un cigarrillo y lo encendió.

— «Esto es charla necia», dijo Makamuk. «No existe tal remedio. No puede ser. Un filo cortante es más fuerte que cualquier remedio.»

El jefe estaba incrédulo, y sin embargo vaciló. Había visto demasiadas artimañas de ladrones de pieles que funcionaban. No podía dudar por completo.

— «Te daré tu vida; pero no serás esclavo», anunció.

— «Más que eso.»

Subienkow jugó su partida con la frialdad de quien regatea por una piel de zorro.

— «Es un remedio muy poderoso. Me ha salvado la vida en muchas ocasiones. Quiero un trineo y perros, y seis de vuestros cazadores que viajen conmigo por el río y me garanticen la seguridad de un día de sueño lejos del Reducto Michaelovski.»

— «Debes vivir aquí y enseñarnos todas tus artimañas», fue la respuesta.

Subienkow se encogió de hombros y guardó silencio. Exhaló el humo del cigarrillo en el aire helado, y miró con curiosidad lo que quedaba del gran cosaco.

— «¡Esa cicatriz!», dijo de repente Makamuk, señalando el cuello del polaco, donde una marca livida anunciaba el corte de un cuchillo en una riña en Kamchatka. «El remedio no es bueno. El filo cortante fue más fuerte que el remedio.»

— «Fue un hombre fuerte el que propinó el golpe.» (Subienkow meditó.) «Más fuerte que tú, más fuerte que tu cazador más fuerte, más fuerte que él.»

De nuevo, con la punta de su mocasín, tocó al cosaco— un espectáculo macabro, ya inconsciente—, y en cuyo cuerpo desmembrado la vida, azotada por el dolor, se aferraba y se resistía a partir.

— «Además, el remedio era débil. Porque en ese lugar no había bayas de cierto tipo, de las cuales veo que tenéis abundancia en este país. El remedio aquí será fuerte.»

— «Te dejaré bajar por el río», dijo Makamuk; «y el trineo y los perros y los seis cazadores para darte seguridad serán tuyos.»

— «Sois lento», fue la fría réplica. «Habéis cometido una ofensa contra mi remedio al no aceptar de inmediato mis condiciones. Mirad, ahora exijo más. Quiero cien pieles de castor.» (Makamuk se burló.) «Quiero cien libras de pescado seco.» (Makamuk asintió, pues el pescado era abundante y barato.) «Quiero dos trineos— uno para mí y otro para mis pieles y pescado. Y mi rifle ha de serme devuelto. Si no os gusta el precio, en poco tiempo el precio subirá.»

Yakaga susurró al jefe.

— «Pero, ¿cómo puedo saber que tu remedio es un remedio de verdad?» preguntó Makamuk.

— «Es muy sencillo. Primero, iré al bosque...»

Nuevamente Yakaga susurró a Makamuk, quien manifestó un recelo sospechoso.

— «Podéis enviar a veinte cazadores conmigo», continuó Subienkow. «Veréis, debo recoger las bayas y las raíces con las que se hace el remedio. Luego, cuando hayáis traído los dos trineos y cargado en ellos el pescado, las pieles de castor y el rifle, y cuando hayáis despedido a los seis cazadores que me acompañarán— entonces, cuando todo esté listo, me frotaré el remedio en el cuello, así, y lo apoyaré sobre aquel tronco. Después, vuestro cazador más fuerte podrá tomar el hacha y darle tres golpes a mi cuello. Vosotros mismos podéis darle los tres golpes.»

Makamuk se quedó con la boca abierta, absorbiendo aquella última y maravillosa magia de los ladrones de pieles.

— «Pero primero», añadió apresuradamente el polaco, «entre cada golpe debo aplicar más remedio. El hacha es pesada y afilada, y no quiero errores.»

— «Todo lo que has pedido será tuyo», exclamó Makamuk en un arranque de aceptación. «Procede a preparar tu remedio.»

Subienkow ocultó su regocijo. Estaba jugando un juego desesperado, y no debía haber fallos. Habló con arrogancia.

— «Habéis sido lentos. Mi remedio se ofende. Para enmendar la ofensa, debéis darme a vuestra hija.»

Señaló a la muchacha, una criatura poco saludable, con un ojo bizco y un colmillo de lobo erizado. Makamuk se enfureció, pero el polaco se mostró imperturbable, enrollando y encendiendo otro cigarrillo.

— «Apresuraos», amenazó. «Si no sois rápidos, exigiré aún más.»

En el silencio que siguió, la sombría escena del norte se desvaneció ante él, y volvió a ver su tierra natal, y Francia, y, de repente, al ver a la muchacha de colmillo de lobo, recordó a otra chica, una cantante y bailarina, a quien había conocido cuando, siendo joven, llegó a París.

— «¿Qué queréis de la chica?» preguntó Makamuk.

— «Que viaje conmigo río abajo.» Subienkow la miró críticamente. «Será una buena esposa, y es un honor para mi remedio casarme con vuestra sangre.»

Nuevamente recordó a la cantante y bailarina y tarareó en voz alta una canción que ella le había enseñado. Revivía la antigua vida, pero de un modo desapegado, impersonal, mirando las imágenes de su propia vida como si fueran ilustraciones en un libro cualquiera. La voz del jefe, rompiendo bruscamente el silencio, lo sobresaltó.

— «Así se hará», dijo Makamuk. «La chica irá contigo río abajo. Pero que quede claro que seré yo mismo quien dé los tres golpes con el hacha en tu cuello.»

— «Pero cada vez me pondré el remedio», respondió Subienkow, mostrando una ansiedad apenas disimulada.

— «Debes aplicar el remedio entre cada golpe. Aquí están los cazadores que se asegurarán de que no escapes. Id al bosque y recoged vuestro remedio.»

Makamuk había quedado convencido del valor del remedio por la rapacidad del polaco. Seguramente nada menos que el mayor de los remedios podría permitir a un hombre al borde de la muerte levantarse y llevar a cabo la trampa de una anciana.

— «Además», susurró Yakaga, cuando el polaco, con su escolta, había desaparecido entre los abetos, «cuando hayas aprendido el remedio, podrás destruirlo fácilmente.»

— «¿Pero cómo podré destruirlo?» argumentó Makamuk. «Su remedio no me dejará destruirlo.»

— «Habrà alguna parte donde no se haya frotado el remedio», replicó Yakaga. «Podrían ser sus oídos. Muy bien; introduciremos una lanza por un oído y la sacaremos por el otro. O pueden ser sus ojos. Seguramente el remedio será demasiado fuerte para frotarlo en sus ojos.»

El jefe asintió. — «Sois sabio, Yakaga. Si no posee otras artimañas diabólicas, entonces lo destruiremos.»

Subienkow no perdió tiempo en recoger los ingredientes para su remedio. Eligió todo lo que se le presentaba a mano: agujas de abeto, la corteza interna del sauce, una tira de corteza de abedul y una cantidad de bayas de musgo, que hizo que los cazadores desenterraran de debajo de la nieve. Unas

pocas raíces congeladas completaron su provisión, y él marcó el camino de regreso al campamento.

Makamuk y Yakaga se agacharon a su lado, observando las cantidades y tipos de ingredientes que arrojaba en la olla con agua hirviendo.

— «Debéis tener cuidado de que primero entren las bayas de musgo», explicó.

— «Y—oh, sí, otra cosa—el dedo de un hombre. Aquí, Yakaga, déjame cortarte un dedo.»

Pero Yakaga se puso las manos detrás y frunció el ceño.

— «Solo un dedo pequeño», suplicó Subienkow.

— «Yakaga, dádle tu dedo», mandó Makamuk.

— «Hay muchos dedos tirados por ahí», gruñó Yakaga, señalando los restos humanos en la nieve de las unas veinte personas que habían sido torturadas hasta morir.

— «Debe ser el dedo de un hombre vivo», objetó el polaco.

— «Entonces tendrás el dedo de un hombre vivo.» Yakaga se acercó al cosaco y le cortó un dedo.

— «Aún no está muerto», anunció, lanzando el trofeo ensangrentado en la nieve a los pies del polaco. — «Además, es un buen dedo, porque es grande.»

Subienkow lo dejó caer en el fuego bajo la olla y comenzó a cantar. Era una canción de amor francesa que, con gran solemnidad, entonó en el brebaje.

— «Sin estas palabras que le imprimo, el remedio no vale», explicó.

— «Las palabras son su principal fortaleza. Mirad, ya está listo.»

— «Enunciad las palabras despacio, para que pueda conocerlas», mandó Makamuk.

— «No, hasta después de la prueba. Cuando el hacha rebote tres veces de mi cuello, os daré el secreto de las palabras.»

— «¿Pero y si el remedio no es buen remedio?» inquirió Makamuk con ansiedad.

Subienkow se volvió contra él con ira.

— «Mi remedio siempre es bueno. Sin embargo, si no lo es, haced conmigo lo que habéis hecho a los demás. Cortadme poco a poco, tal como le habéis cortado a él.» Señaló al cosaco. — «El remedio ya está frío. Así, me lo frote en el cuello, pronunciando este remedio adicional.»

Con gran gravedad, entonó lentamente una línea de la «Marsellesa», mientras frotaba minuciosamente el vil brebaje en su cuello.

Un clamor interrumpió su actuación. El gigante cosaco, con un último resurgir de su tremenda vitalidad, se había puesto de rodillas. Risotadas y gritos de sorpresa y aplausos surgieron entre los Nulatos, mientras Big Ivan comenzaba a lanzarse por la nieve con poderosos espasmos.

El espectáculo enfermó a Subienkow, pero dominó su repulsión e hizo como que se enojaba.

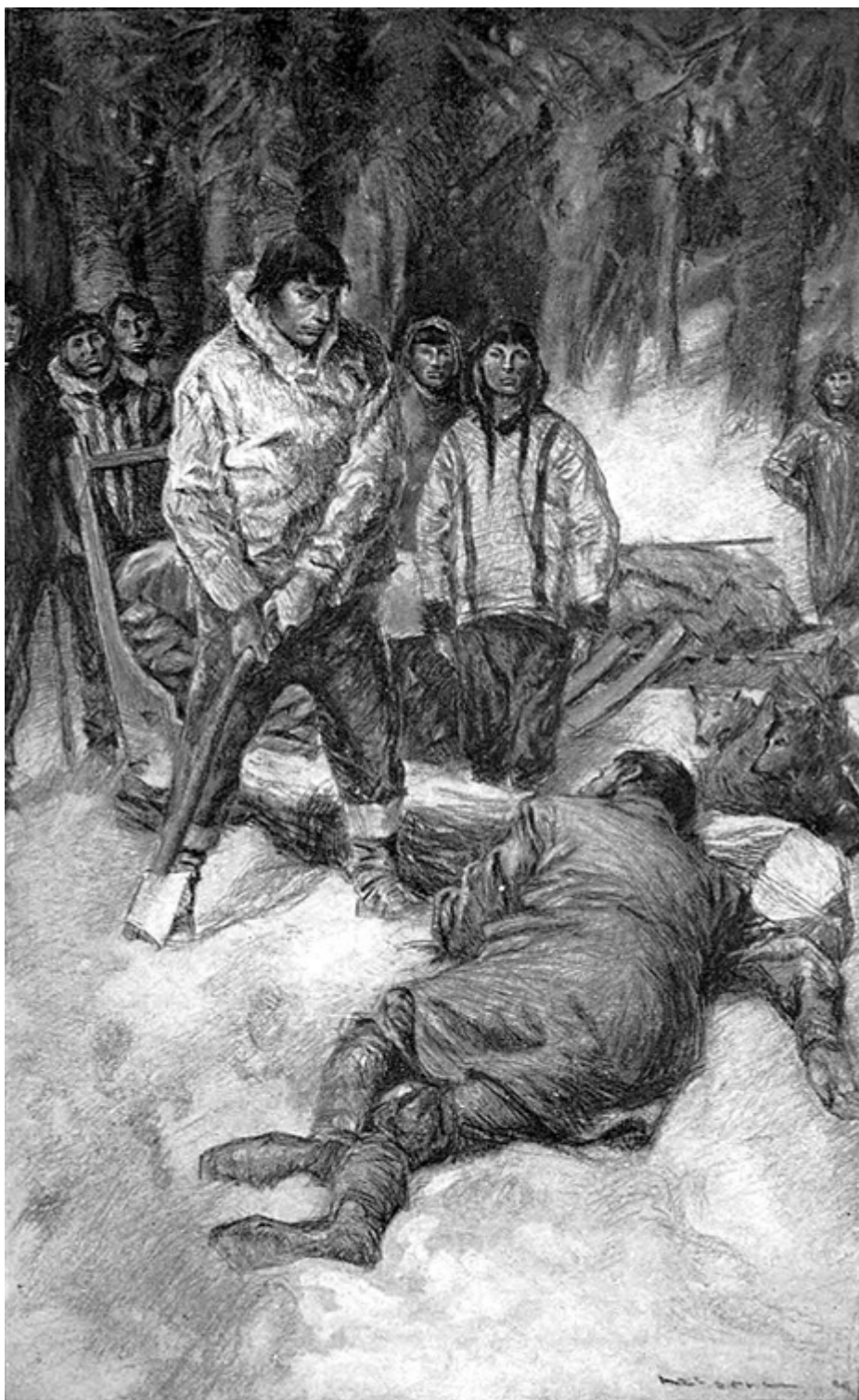
— «Esto no vale», dijo. «Acabad con él, y luego haremos la prueba. Aquí, tú, Yakaga, aseguraos de que su alboroto cese.»

Mientras se hacía esto, Subienkow se volvió hacia Makamuk.

— «Y recordad, debéis golpear con fuerza. Esto no es trabajo de niños. Aquí, tomad el hacha, Makamuk, y quedad así. Yo me acostaré. Cuando levante mi mano, golpead, y golpead con todas vuestras fuerzas. Y cuidado de que nadie os esté detrás. El remedio es bueno, y el hacha puede rebotar de mi cuello y salir de las manos.»

Miró los dos trineos, con los perros arreados, cargados de pieles y pescado. Su rifle yacía encima de las pieles de castor. Los seis cazadores que debían actuar como su guardia se encontraban junto a los trineos.

— «¿Dónde está la chica?» exigió el polaco. «Llevala hasta los trineos antes de que continúe la prueba.»



«Me río de ti y de tu fuerza. Golpea, y golpea fuerte.»

Cuando se llevó a cabo esto, Subienkow se recostó en la nieve, apoyando la cabeza sobre el tronco como un niño cansado a punto de dormir. Había vivido tantos años sombríos que, en verdad, estaba fatigado.

— «Me río de ti y de tu fuerza, oh Makamuk», dijo. «Golpea, y golpea fuerte.»

Levantó la mano. Makamuk osciló el hacha, un hacha ancha para cuadrar troncos. El brillante acero resplandeció en el aire helado, suspendido por un instante perceptible sobre la cabeza de Makamuk, para luego descender sobre el cuello desnudo de Subienkow. Claramente, a través de carne y hueso, cortó su camino, hincándose profundamente en el tronco que yacía debajo. Los salvajes asombrados vieron cómo la cabeza rebotaba a una distancia de una yarda del tronco que brotaba sangre.

Se produjo una gran perplejidad y silencio, mientras lentamente se iba asomando a sus mentes que no había remedio alguno. El ladrón de pieles los había engañado. Solo, de todos sus prisioneros, había eludido la tortura. Esa había sido la apuesta por la que jugó. Se desató un gran rugido de risas. Makamuk bajó la cabeza avergonzado. El ladrón de pieles lo había timado. Había perdido la cara ante todo su pueblo. Y, sin embargo, continuaron rugiendo de risa. Makamuk se dio vuelta y, con la cabeza agachada, se marchó. Sabía que de allí en adelante ya no sería conocido como Makamuk. Sería Cara Perdida; el recuerdo de su vergüenza lo acompañaría hasta morir; y cada vez que las tribus se reunieran en la primavera por el salmón, o en el verano para el trueque, la historia se transmitiría alrededor de las hogueras de campamento acerca de cómo el ladrón de pieles murió pacíficamente, de un solo golpe, a manos de Cara Perdida.

— «¿Quién era Cara Perdida?» — podía oír, anticipándose, a algún insolente jovenzuelo demandar. — «Oh, Cara Perdida», sería la respuesta, — «aquél que una vez fue Makamuk en los días previos a que cortara la cabeza del ladrón de pieles.»

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO
PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB